

Cornelia
Funke

¡Que viene
el Zorro!

LAS GALLINAS LOCAS 3

Ilustraciones de la autora

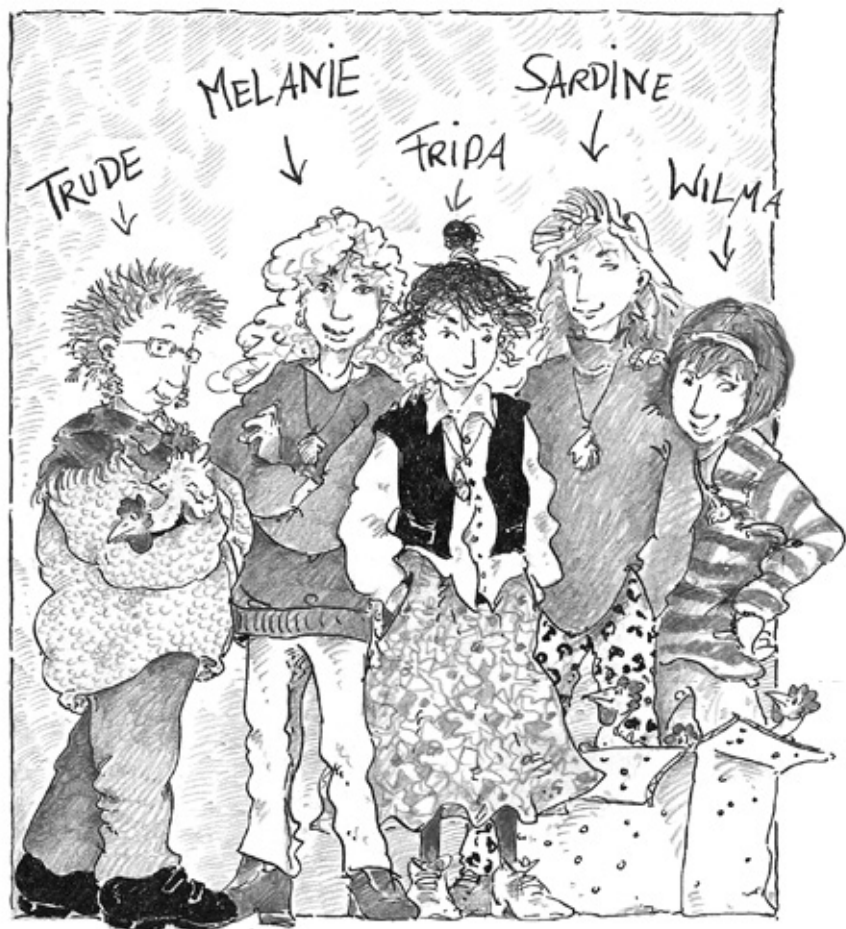
Traducción del alemán de
María Alonso

 Siruela

Biblioteca Funke

*A todas las Gallinas Locas,
y en especial a Lina, Henrieke y Lynn.*



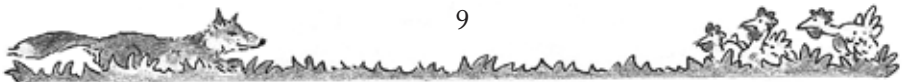


Prólogo

Para todos aquellos que todavía no las conozcan, las que están ahí, a la izquierda, son las Gallinas Locas: Sardine, Frida, Melanie, Trude y Wilma. Las cinco forman una auténtica pandilla, y, aunque de vez en cuando se reúnan simplemente para charlar saboreando una buena taza de té, juntas han vivido muchas aventuras increíbles. Una vez, por ejemplo, dieron caza a un fantasma; otra, se embarcaron en la búsqueda de un tesoro, e incluso un día pescaron a cuatro chicos con una red en plena noche.

Esos cuatro chicos aparecerán también en esta historia. Se llaman Fred, Torte, Steve y Willi, son los Pígmicos, y llevan como distintivo un aro en la oreja. Hace ya mucho tiempo que han olvidado la vergüenza que pasaron con lo de la red. Van a la misma clase que las Gallinas Locas y están muy orgullosos de la guarida que ellos mismos construyeron en un árbol. Sin embargo, las chicas aún no tienen un cuartel general, y este asunto les trae de cabeza...

Bueno, basta de preámbulos. Ha llegado el momento de que comience la historia. A la de tres... ¡una nueva aventura de las Gallinas Locas!





Frida iba ya por la segunda ración de lasaña cuando sonó el teléfono.

—¡Telééefono! —gritó Luki, el hermano pequeño de Frida, y se puso tan nervioso que derramó el zumo de manzana.

Titus, el hermano mayor, arrastró la silla y se levantó con una sonrisa burlona.

—¡Seguro que es otra vez el novio de Frida! —dijo, y desapareció por el pasillo.

—Yo no tengo ningún novio, ¡entérate de una puñetera vez! —chilló Frida tras él.

—¡Frida, nada de palabrotas! —la reprendió su padre.

Luki levantó su plato humeante y se lo puso a Frida delante de la nariz.

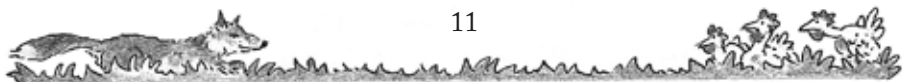
—*Zopla*, Frida —le ceceó al oído.

Frida, pendiente en todo momento de lo que sucedía en el pasillo, sopló.

—Eh, Sardine, qué sorpresa —murmuró Titus al teléfono—. ¿Desde cuándo las gallinas hablan por teléfono?

En un abrir y cerrar de ojos apareció Frida y le arrebató el auricular de las manos.

—¿Qué tal? —preguntó—. Lo siento, es que pensaba que...



—¡Que viene el zorro, Frida! —dijo Sardine en voz muy baja—. Sabes a qué me refiero, ¿no?

—¿El zorro? —A Frida estuvo a punto de caérsele el teléfono de la mano.

Titus había vuelto a la cocina y estaba de nuevo sentado a la mesa, pero desde allí miraba intrigado a su hermana. Frida se volvió y le dio la espalda.

—Sí, sí, ¡el zorro! —Sardine parecía estar totalmente fuera de sí—. ¡Pasa el mensaje! Reunión urgente de pandilla a las tres. ¿Está libre vuestro sótano?

—Sí, pero ¿qué ha pasado? Ni siquiera hemos...

—¡Luego os lo cuento todo! —musitó Sardine, y colgó el teléfono.

Frida se quedó sin saber qué hacer. «¡Que viene el zorro!», en el código secreto de las Gallinas Locas, significaba peligro máximo, ¡peligro de muerte! Una Gallina Loca solo podía lanzar la Alerta Zorro en caso de una emergencia gravísima. La propia Sardine había establecido esa norma. Frida frunció el ceño y se quedó mirando el teléfono.

—Frida, vuelve a la mesa —le ordenó su madre—. Se te va a enfriar la lasaña.

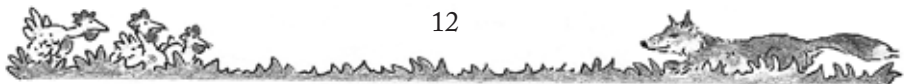
—Sí, sí, ya voy —murmuró Frida—. Es que tengo que llamar un momento. —Y marcó el número de Trude a toda velocidad.

—Bogolowski —gruñó Trude al teléfono.

—¡Que viene el zorro! —anunció Frida, procurando que nadie más la oyera.

—¿Cómo? —exclamó Trude, desconcertada al otro lado de la línea.

—¡Pasa el mensaje! —musitó Frida—. A las tres en mi sótano.



—¡Ay, madre! Vale. Ya entiendo —tartamudeó Trude—. Eh..., una cosa. ¿Cómo era la cadena? ¿Yo tengo que llamar a Wilma o a Melanie?

—¡Vaya tela, Trude! —protestó Frida—. Apúntatelo de una vez. Tú tienes que llamar a Melanie y ella a Wilma, ¿te has enterado?

—Va, va, vale —balbuceó Trude—. Pero Alerta Zorro... ¿por qué Alerta Zorro? ¿Estás segura? ¿Qué ha pasado?

—¡Frida! —exclamó su padre—. Como no vengas ahora mismo a sentarte a la mesa, yo mismo colgaré el teléfono.

—Hasta luego —susurró Frida, y colgó. Luego volvió a sentarse a la mesa y empezó a picotear la lasaña sin apetito.

—¡Que viene el zorro! —le musitó Titus al oído.

—¡Déjame en paz, cabeza hueca! —gruñó Frida.

—¿Es algo de vuestro código de cacareo secreto? —se burló Titus.

Frida lo apartó, irritada.

—Eso no es asunto tuyo.

«Solo se lanzará la Alerta Zorro cuando se trate de una cuestión de vida o muerte», rezaba el libro secreto de las Gallinas Locas. ¡Madre mía!

¿Quién podría estar en peligro de muerte? ¿Sardine? Sí, aquella misma mañana en el colegio le había pegado a una de las repipis de la otra clase...

Luki tiraba a Frida de la manga y le hablaba con insistencia, pero Frida no lo escuchaba. Las Gallinas Locas habían pasado juntas por todo lo imaginable: los enfados de la abuela Slättberg, el mal humor de Melanie a causa del acné, las dietas y las lágrimas de Trude por la separación de sus padres, el agobio continuo de Wilma por las notas del cole y las eternas gamberradas de los Pigmeos, pero nunca ninguna de ellas había lanzado la



Alerta Zorro, ¡jamás! Alerta Rata, sí, desde luego, como el día en que los Pigmeos robaron el diario de Melanie. O cuando descubrieron a Wilma espiando y la secuestraron: aquel día Sardine lanzó incluso la Alerta Hurón. Pero ¡la Alerta Zorro! Qué va; tenía que haber pasado algo mucho, muchísimo peor.

Frida picoteaba la lasaña con desgana. ¿Acaso los Pigmeos estarían urdiendo un plan especialmente malévolo? No, en aquel momento reinaba la paz entre ellos; menos con Torte, claro, y él, en fin... Frida se ruborizó e intentó pensar en otra cosa. A lo mejor Sardine había discutido con ese novio nuevo que se había echado su madre, un tipo de lo más tonto. Pero por una cosa así no se le habría ocurrido lanzar la Alerta Zorro. ¡Qué va, imposible!

Una mano pequeña y regordeta pasó ante los ojos de Frida.

—¿Dónde *eztá* el zorro, Frida? —le preguntó Luki—. ¿*Loz zorroz comen perzonaz?*

—Nooo, comen... —Titus sujetó la pluma que Frida llevaba colgada del cuello—. ¡Galliiiiiiinas!

Frida, furiosa, le volvió a apartar la mano.

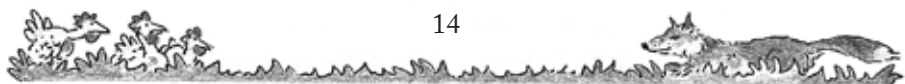
—¿Por qué vais a reuniros otra vez en el sótano? —le preguntó Titus entre susurros—. ¿Es que todavía no tenéis un nido para esa chorrada de la pandilla?

Frida lo fulminó con la mirada.

—¿Qué nido? —ceceó Luki hundiendo uno de sus pequeños deditos en la lasaña de Frida—. ¿*Loz zorroz hacen nidoz?*

Frida soltó un bufido, sacó el dedo de Luki de la comida y le limpió el tomate de los mofletes.

Por desgracia, Titus tenía razón. Las Gallinas Locas seguían sin tener un cuartel general donde celebrar las



reuniones de pandilla. La cabaña que construyeron en el descampado abandonado, detrás de la escuela, se había derrumbado durante la última tormenta, y la idea de construirse una guarida en un árbol, como la de los Pigmeos, había quedado descartada por completo porque Sardine tenía miedo a las alturas. Aunque ella, por supuesto, no lo admitía. Era una auténtica tragedia. El invierno acechaba tras los árboles cada vez más deshojados y las Gallinas Locas tenían que esconder el libro secreto y los tesoros entre la paja del conejo de Indias de Wilma. Y lo que era aún peor, tenían que reunirse en la sala de ping-pong de un sótano y aguantar a Titus y a los pesados de sus amigos molestando a todas horas; o a Luki, que se plantaba en las reuniones secretas preguntando «¿Me dais una galleta?» y garabateaba con estrafalarios dibujos el libro de la pandilla. A decir verdad, aquello era insoportable.

Y encima ahora la llamada de Sardine. Alerta Zorro...
«¡Madre mía! —pensó Frida—. ¿Qué habrá pasado?».

